

PERE DURAN FARELL: EL HOMBRE DEBE SER REINVENTADO

MIEMBRO DEL CLUB DE ROMA, AMIGO Y ADMIRADOR DEL DESAPARECIDO AURELIO PECCEI, DURAN FARELL HA TENIDO SIEMPRE SU PARTICULAR VISIÓN DEL MUNDO SIN ALEJARSE NUNCA DE LA REALIDAD COTIDIANA.



© EIOI BONJOCH

ASSUMPCIÓ MAREMA PERIODISTA

Pere Duran Farell plantea reinventar el hombre, un hombre nuevo, responsable y solidario, como único camino para el futuro. Duran Farell no es un filósofo, es un empresario que a sus sesenta y nueve años tiene el maduro rostro de un campesino. Un empresario que tiene en su haber hechos tan determinantes como haber traído a España el gas natural gracias, en parte, a sus anteriores contactos con la resistencia argelina.

Es un empresario eficaz que ha estado a la cabeza de muchas empresas. Miembro del Club de Roma, amigo y admirador del desaparecido Aurelio Peccei, ha tenido siempre su particular visión del mundo sin alejarse nunca de la realidad cotidiana de los Consejos de Administración.

Se define como muy pragmático y gran pactista. No en vano fue el primer empresario que, en pleno franquismo, se reunió a negociar con el sindicato comunista. Acudió a la cita con los ojos vendados, como se estilaba en la época. No disimula su peculiar visión del franquismo. Separa dictador de dictadura. Él, catalanista hasta el tuétano, fue una de las debilidades del general y no precisamente del régimen. Se conocieron por azar cuando Franco inauguraba pantanos y él era un joven ingeniero que experimentaba la lluvia artificial. Puede hablar de todo, pero le entusiasma hablar de su pasión por los bonsai y por el Japón, de su constante relación con el desierto, que visita cada año como fuente de conocimiento. Hechizado por la complejidad del mundo actual, Duran Farell es capaz de escuchar la reflexión lúcida de un targüi y tenerla en cuenta cuando habla de la gobernabilidad del mundo.

—El Grupo Catalán del Club de Roma ha elaborado un estudio sobre “La Gobernabilidad en el mundo”. ¿Cuáles son las tesis de este estudio?

—Los sistemas clásicos de gobierno han quedado obsoletos porque han consistido en simplificar la realidad, simplificar la libertad, simplificar los conceptos fundamentales. Éste es el gran tema que se discutió aquí, en Barcelona, y la única conclusión que se extrajo fue que todo lo actual está en crisis.

¿Por qué está en crisis?, pues porque, por ejemplo, los estados son una estructura perfecta inventada para llevar al hombre a unas limitaciones con la garantía de la policía y el ejército. Y son sistemas que no funcionan precisamente en un mo-

mento en que estamos asistiendo a la explosión de la complejidad como consecuencia natural del desarrollo humano. Esta complejidad se fundamenta en la libertad y el conocimiento sin límites y no hay creatividad posible sin libertad. La libertad ilimitada es el conducto del hombre moderno para llegar al conocimiento ilimitado.

Por lo tanto, estos dos nuevos conceptos definen un nuevo tipo de sociedad que se caracteriza por no tener límites, una sociedad que no encaja en nada. Ante esta nueva situación hace falta moderar estos



dos elementos fundamentales del hombre actual: la libertad y el conocimiento sin límites. Esta regulación debe hacerse con un rearme moral que, de no existir, puede echarlo todo por tierra.

—Hace ya años que cuestiona usted el Estado.

—El Estado, como estructura, es incapaz de entender lo que el hombre de hoy piensa y hace. Debido a su complejidad intenta comprenderle, pero la información le llega ya deformada, legisla con retraso. En el mundo de la estructura moral y espiritual pasa lo mismo. Los conductores de macromasas no sirven porque cada uno se hace su moral, cada uno tiene su conciencia personal y en ella no se puede entrar porque es patrimonio del propio ser libre. Lo mismo ocurre con las ideologías: no son conductoras de nada.

Hay una inmensa individualización, lo macro ha desaparecido como conductor real y, en cualquier caso, aparece la integral de micros, la libertad inmensa, la inmensa complejidad. En cambio, todas las estructuras existentes son para conducir situaciones simplificadas. Asistimos hoy a la revolución de los pequeños accidentes, de los pequeños detalles, de los matices ilimitados. Aparece todo lo

que históricamente se había simplificado porque, de haberlo tenido en cuenta, el sistema no habría funcionado.

Esta revolución de la complejidad, de la interdependencia, de las globalidades es un hecho nuevo, y nadie sabe cómo va a gobernarse. Sólo se comprueba que lo que tenemos está en decadencia, esta liquidándose. Cada vez queda más claro que el hombre debe ser la nueva materia prima y que, a partir de él, han de buscarse las nuevas estructuras de gobierno. —¿Cómo han de ser estas estructuras?

—No pueden ser una extrapolación de un pasado, de un pasado que se fabricaba linealmente. La historia se fabrica por permanentes rupturas creativas. De momento se pide que el hombre sea, que tenga una inmensa conciencia, que administre con inmensa responsabilidad e inmensa libertad. Una libertad que no puede limitarse porque, si se hace, la creatividad disminuye.

Estamos ante una clara comprobación, todo lo convencional no va a servirnos. Todo el pasado sólo puede servirnos como cultura general, nada más. Es posible razonar una situación pasada sin caer en la tentación de extrapolar hacia el futuro. La historia no es continua. Puede parecer que todo lo que digo es absurdo porque los signos exteriores que estamos advirtiendo son exactamente lo contrario. Vemos los egoísmos, las insolidaridades, todo lo que sucede va a contrapelo de lo que estoy diciendo.

—Es evidente.

—Pero fíjese en que hay algo muy claro: hoy todo el mundo está de acuerdo en que el hombre es inmensamente potente, tanto para crear como para descubrir. Le daré un ejemplo. Puedo, si quiero, ir a la central nuclear de Vandellòs, coger combustible utilizado, con ningún peligro para mí, llevármelo a casa, fabricar una bomba atómica, venir a Barcelona y exigir lo que quiera.

Una sola persona puede destruir la humanidad. Éste es un hecho nuevo, la capacidad destructora del hombre. Por lo tanto, hay un razonamiento casi de regla de tres. Si la humanidad, ahora que está triunfando de un modo increíble, venciendo la naturaleza y defeniéndose sólo de las consecuencias de sus propios actos, no toma, como especie animal, precauciones para que en su seno no existan, por decirlo sin pelos en la lengua, imbéciles, la humanidad corre el riesgo de desaparecer. Así de claro.

Es un hecho incuestionable. Por lo tanto, la especie humana, como especie ani-

mal, o pone sobre la mesa el hecho de que sus miembros deben ser lo bastante conscientes con libertad como para no utilizar sus inmensas capacidades de destrucción, o la humanidad no tiene porvenir.

—¿La crisis del Estado, no puede hacerle más voraz?

—No. Tomemos el ejemplo del Este, que tiene el mecanismo de Estado mejor concebido para ser absolutamente potente. Desde la propia estructura tiene unos mecanismos de salvaguardia y, pese a ello, se produce de pronto un movimiento popular que es el efecto macro debido a la actitud personal de cada uno de los individuos. Un estado, por potente que sea, no puede matar de un golpe a un millón de ciudadanos, no es posible físicamente.

Es el caso del Sha de Persia. Los Estados Unidos montaron una gran operación con un emperador, un parlamento aparentemente democrático, un ejército. Pero no se llegó al alma del iraní. Y llegó el momento en que, en Teherán, salieron dos millones de personas y se pusieron ante los tanques. Por más tanques y ametralladoras que tengan no pueden matar a un millón de personas. Llega un momento que, en nuestro mundo y en el que no es nuestro, cada uno toma conciencia de sus derechos y limitaciones. Estamos asistiendo a la falta de poder de los conductores clásicos. Y la gente lo nota y lo comprueba, manifestándose por lo tanto en consecuencia.

Le daré otro ejemplo, conozco muy bien Africa. Africa comienza a partir del Sáhara. Hay allí, en estos momentos, una población, básicamente negra, cuyo PIB, desde hace treinta años, disminuye rápidamente y cuya demografía aumenta un 4% cada año. Eso quiere decir que, fatalmente, en el año 2000 habrá en el Africa subsahariana millones de personas muriendo de hambre. Y eso es un problema europeo. Podemos encontrarnos —aunque esté por en medio el Mediterráneo— con una situación que Europa no puede asumir. Cuando existían todavía las colonias, hace unos años, si alguien no obedecía, le mataban; y hace unos años más, los negros se compraban; eso se ha terminado... La nueva escala de cosas, la cosa indefinible centrada en la actitud del hombre hace que, hoy, o somos solidarios o estamos perdidos. Si no somos solidarios no existiremos. La gran solución está en esta solidaridad.

—Tras los cambios en el Este, se habla del triunfo de la democracia, pero en

este espíritu de triunfo se palpa una euforia total del capitalismo.

—¿Qué le ocurre al capitalismo?, que en este momento está triunfando sin límites. En el exterior le ha desaparecido el comunismo y en el interior no tiene presión sindical. El hecho es que para este capitalismo, que no tiene en absoluto peligro alguno, ni interior ni exterior, el peligro pasa a ser él mismo. El riesgo es que no sepa regular éticamente su inmenso poder, ejercido a través de un dinero que se produce sin límites.

Éste es el caso que vemos en España, donde las últimas grandes fortunas no se han hecho con la inversión del capital, que exige la colaboración absoluta del trabajo y de la sociedad, sino por la vía de la especulación. Con el agravante de que la sociedad tolera que individuos que no están dando nada a la sociedad sean admitidos y admirados cuando ostentan escandalosamente su dinero. Eso es tan grave, y es tan difícil que pueda proseguir así, que es al mismo tiempo un signo de que llegará el momento en que la solidaridad tendrá que funcionar.



—¿Se implantará en el Este el capitalismo?

—Por lo que al Este se refiere soy mucho menos optimista de lo que puede deducirse leyendo los periódicos. Por un lado, yo diferenciaría el Este, que visto desde la perspectiva de Europa es Rusia, de los países del Este, que son los que después de la guerra tuvieron un régimen comunista.

—Comencemos por los países del Este...

—En la RDA no existe problema alguno porque la RFA, que está en un momento de euforia económica, se encargará de ella. En este caso surge, sin embargo, otro problema: el de la reunificación ale-

mana. Para mí, el problema de Europa, dentro de unos años, puede ser la reunificación alemana más que el Este.

Checoslovaquia es un caso distinto, relativamente más sencillo; y, de algún modo, también Rumania y Polonia, aunque con algunas dudas. Éstos son países que han vivido mucho en el mundo occidental antes de la guerra y donde todavía hay viejas generaciones que saben cómo es este mundo. Pero, pese a ello, debe tenerse en cuenta que las nuevas generaciones no conocen el mundo occidental y sólo ven, poéticamente, la libertad occidental. Pero, en cambio, están acostumbradas a tener cosas básicas: la seguridad de trabajo, la sanidad y la educación garantizadas; todo a cambio de una falta de libertades al estilo occidental.

—¿Y el Este?

—Rusia, en cambio, nunca ha vivido esta cultura típicamente occidental. Rusia es un país donde, primero con los zares y luego con los comunistas, todo el mundo ha sido funcionario de una máquina que se llama Estado, a través de la que se ha construido el imperio ruso.

En Rusia, para introducir lo que nosotros conocemos como mundo occidental, con todas sus excelencias y defectos, es necesario primero que los ciudadanos rusos asuman el planteamiento occidental, lo que no es fácil; y, en segundo lugar, que una vez asumido lo practiquen.

Y entonces entraremos en el gran debate, tanto para los países del Este como para los del Oeste: ¿cuál es la cultura válida, de cara al futuro, para uno y otro lado? Vuelvo a repetir que la libertad sin límites, con la insolidaridad de Occidente, no es válida. En cierto modo debe encontrarse un mecanismo, mientras fabricamos el hombre solidario, que permita introducir unos comportamientos morales que obliguen a aplicar debidamente el modelo occidental. Hemos de salvar al Este de caer en unos defectos que el mundo occidental tiene. Ante la transformación del Este hablamos de sus grandes mercados, pero no es éste el camino adecuado. Bienvenido el cambio del Este pero, sobre todo, bienvenido porque plantea una nueva reflexión europea.

En los últimos años, Europa ha ido demasiado deprisa por la vía de Bruselas y demasiado despacio por la vía de Estrasburgo. Hemos ido constituyendo, sin advertirlo, un principio que ha sido mayoritario en Europa: el mercado se rige por

la suprema ley del beneficio sin paliativos. Ésta ha sido la norma occidental. Eso estaría bien si, al mismo tiempo, se moderara el factor moral. En cambio, en el Este, por extraño que parezca, hay un factor moral impuesto que, aunque deje de ser moral al ser impuesto, constituye en verdad una filosofía más justa que la de aquí.

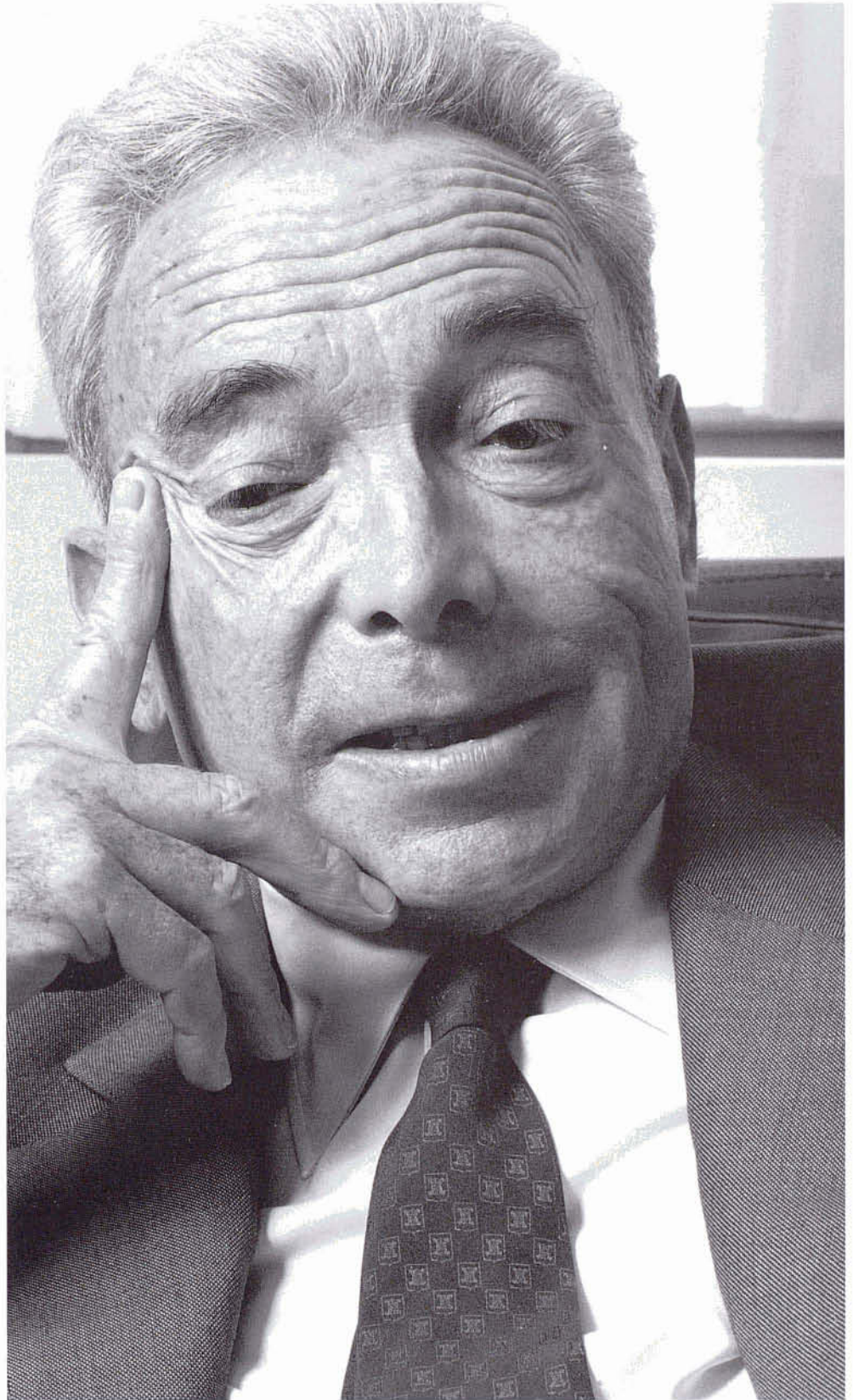
—¿Cómo debe ser este nuevo hombre, solidario y responsable, que plantea usted como una posible vía de futuro?

—El hombre vive en un planeta que nada tiene que ver con el planeta de antes. El hombre no tiene límites en el terreno material, es un hecho, por lo tanto el hombre que hasta ahora hemos tenido, el más idóneo producto para un mundo finito en el sentido más amplio, no es válido. El hombre sabe lo bastante como para —con la genética y la física cuántica— poder inventar un nuevo ser vivo dentro de diez o doce años. El hombre que hasta ahora teníamos y que sólo podía hacer disparates limitados se ha convertido en un hombre que puede crearlo y destruirlo todo. El gran reto es ver cómo se reinventa el hombre. El hombre ha dejado de ser el habitante del planeta. Es un ente nuevo en el universo. Y todo lo que es racional, el hombre puede pasarlo a la máquina. Todo lo que obedece a una norma, a un reglamento, puede pasarse por definición a la informática o a la robótica. Por lo tanto, en principio, el hombre debe ser hoy un animal responsable. No se le puede definir ya como un animal racional, es fundamental que sea un hombre responsable. ¿Por qué? Para administrar la libertad inmensa y todas las inmensidades que no nos caben en la historia pasada. La parte racional ha pasado a ser la parte menos noble del hombre. ¿Qué queda entonces?, quedan tus afectos, tus contradicciones, tus libertades, tus anarquías, tus necesidades de amor, las necesidades de lo que llamamos absurdos. Todo eso es lo que está en el origen de la creatividad artística y no artística.

—¿No es una utopía llegar al hombre responsable?

—Es un gran reto. Vuelvo aquí a lo que decía Pascal. El hombre es mucho más importante de lo que él mismo cree. Normalmente, en la vida, no utilizamos una parte de nuestras reservas secretas. Pero cuando nos imponemos un reto fecundamos las posibilidades que tenemos realmente.

—Esta evolución que usted considera inevitable está muy lejos de la realidad



© ELOI BONJOCH



de cada día. ¿Debe llegar a partir de una crisis violenta?

—Es posible, pero es muy difícil hacer previsiones. Si algo no es posible en este mundo es prever. En el Club de Roma hemos dicho que si por gobernar se entiende prever, el futuro es ingobernable. Ocurre que el hombre, como estructura cada vez más válida y definidora de comportamientos colectivos, tiene una gran capacidad de adaptación. Creo que antes de llegar a la violencia pactará con la realidad, hará que las cosas sean de otro modo.

El ajuste a partir de la estructura que llamamos hombre puede ser instantáneo. Las estructuras creadas por el hombre, como el Estado, sí tienen condicionantes. Creo en una inevitable decadencia de las estructuras de gobierno convencionales y en la realidad inevitable de un hombre enormemente poderoso que debe movilizar la conciencia personal. Eso quiere decir predicar como hicieron los apóstoles, predicar casi en el desierto. Pero no hay otro camino de momento.

—Pero un posible camino que haga intuir este cambio...

—Debo decir que se advierte que el camino posible vendrá de abajo.

Un caso claro es el África, donde los gobiernos no tienen prestigio y, en cambio, las Organizaciones No Gubernamentales sí tienen. Son unas organizaciones nacidas desde la base y que tienen gran credibilidad.

En uno de mis viajes al desierto mantuve una conversación muy interesante con un targui. Hablamos de lo que estamos hablando ahora, de la gobernabilidad del mundo. Su reflexión nos puede hacer pensar mucho. Me explicó que no puede gobernarse con justicia si quien da las órdenes no conoce todo su colectivo. Sin este conocimiento, el que gobierna no tiene legitimidad.

Precisamente, en una faceta tan fría como la economía, se tiende a recuperar al hombre como responsable de un objetivo determinado.

En el Japón, en este momento, las empresas no se fusionan para ganar potencia sino para fisionarse luego disgregando la estructura hasta encontrar fragmentos que puedan tener a un hombre como responsable. Se tiende a buscar la

eficacia y, en definitiva, la eficacia deriva de que pueda gobernarse bien un colectivo que tiene un objetivo determinado.

—Usted siempre ha sentido gran admiración por el Japón.

—Para las costumbres occidentales es difícil tolerar la vida japonesa. En Occidente tenemos la manía de pensar que nuestros sistemas de vida, nuestras formas de gobierno son el resumen de la felicidad para todo el mundo. Exportamos nuestra fórmula y nos quedamos tan tranquilos.

Un japonés sigue trabajando más allá del reglamento. Si comparas, en un mismo sector, una empresa americana con una japonesa, la japonesa es siempre más rentable.

—En el transcurso de la entrevista han aparecido Japón y Alemania. ¿No es curioso que los dos países derrotados en la II Guerra Mundial sean las dos potencias económicas más fuertes del momento?

—No es curioso. Hay dos razones fundamentales. Al Japón y a Alemania quienes los vencieron los arrasaron. Luego,



por instinto de conservación de todos, les dieron dinero para hacer un nuevo país.

A quienes ganaron no les arrasó nadie sus estructuras industriales. En cambio, han tenido el handicap de ir cargando y amortizando unas industrias obsoletas. Japón y Alemania han tenido, en cambio, unas instalaciones perfectas con una financiación cómoda. Vencieron industrialmente en el instante en que perdieron la guerra físicamente destruidos.

Además, lo que más enseña a un hombre es la derrota, de ahí salen las virtudes reales. Es un hecho humano –no sé si justo o injusto– que las enseñanzas del sufrimiento movilizan conciencias.

–Antes ha mencionado el problema que puede representar para Europa la reunificación de Alemania. ¿Esta reunificación es un problema o es un peligro?

–Siempre intento ver una solución para mantener mi optimismo. En la Europa de antes éste sería un hecho gravísimo. Pero en una Europa del futuro, sin fronteras, con una desmantelación de los Estados y dando importancia a los hechos étnicos y culturales concretos, no lo sé.

En el año 2050 –para situarnos 60 años más adelante– no habrá fronteras en Europa, no tendrían sentido. Habrá una federación de culturas y lenguas con ciertos residuos de la Europa de las fronteras.

–El Financial Times ha publicado el mapa de la Europa del 2020 en el que sitúa a una Cataluña independiente. ¿Comparte esta visión de futuro?

–Es posible, creo en una Cataluña independiente y no quiero hablar de independentismo. Cataluña, por definición, tiene un papel que llegará con naturalidad. Pero no se debe querer ir más deprisa de lo que dé la evolución general. Quien quiera una Cataluña independiente cometería un error si forzara este hecho porque, con naturalidad, la Europa del futuro estará formada por un tipo de comunidades como la catalana. Las fronteras entre los catalanes, los españoles, los franceses desaparecerán.

Cataluña, en este futuro, tiene un gran papel. Aunque políticamente seamos un país muy desgraciado, tanto por la coyuntura como porque hemos sido unos malos políticos, Cataluña ha sido un

país construido por sus ciudadanos sin el Estado o a pesar del Estado, y hemos mantenido muy bien nuestra lengua y nuestra cultura. El futuro se dirige al reconocimiento de este hecho natural de los países construidos por obra y gracia de sus ciudadanos, sin la ayuda de sus estados.

Cataluña tiene cómodamente un gran papel. Ahora bien, en este proceso debemos ser conscientes de dos cosas: abrirnos a todo y, al mismo tiempo, profundizar en nuestra personalidad. La identidad y la universalidad son las dos grandes vertientes del catalán.

–¿Tiene también un papel económico?

–Cataluña está en muy buena posición si se compara con las regiones de Europa. Tiene una economía basada en el hombre. Hay artesanía moderna, artesanía industrial. Hay, desde siempre, una maduración en el estrato social perfectamente comparable con las grandes regiones económicas europeas. Creo que hoy éste es un hecho real y que la Cataluña del mañana puede ser una de las regiones importantes de esta Europa sin fronteras. ●